

# MODO- RRA

---

NARRATIVA

11/4/2017

VELÁZQUEZ



-Yo creo que, si estamos en democracia, todo el mundo tiene derecho a manifestarse  
- aseveró Marina, en un raptó de lucidez esporádico.

-Está bien-asintió Esteban-pero permítanme usar una frase trillada: "mi derecho termina cuando empieza el del otro".

El coloquialismo que reina en las mesas familiares se trasladaba al ámbito laboral.

Todos los almuerzos se disfrazaban de opulentas trivialidades del conocimiento fugaz.

La sabiduría aplicada a la coyuntura vernácula espetaba la siguiente conclusión: quien más noticias lograba repasar en el corto período de quince minutos, ganaba.

Este ejercicio narcisista conlleva la insoportable participación de todos los comensales.

Desventaja de los espacios reducidos: no hay escapatoria, todos los mensajes son dirigidos hacia uno y todo lo que uno dice, asimismo, afecta al resto por igual.

-No, obvio, eso seguro-suscribió Esther a la noción que Esteban acababa de aportar.

-Pero ¿quién dice qué cosa está bien y qué cosa está mal? A mí me parece que no estaban haciendo nada malo... fue una protesta inofensiva y la reacción del Estado, desmedida-sugirió Ricardo, como queriendo poner paños fríos al debate.

-Para eso está la Ley... ¡que aprendan a respetarla!-interrumpió Esteban, casi dejando entrever algún símbolo patrio escondido debajo de su cárdigan gris.

La heladera continuaba siendo asaltada por los últimos en llegar. Los aderezos yacían por doquier, curiosa ostentación de condimentos alrededor de insulsas conversas. Las servilletas, tal vez el bien máspreciado en situación de comilona multitudinaria, jugaban a crear formas en las mentes dispersas.

A la hora de la siesta, en este trabajo, se come.

A la hora de la siesta, lo que duerme es el razonamiento, lo que pervive es el bastardeado sentido común y el objetivo máximo es ganar la discusión. Como programa televisivo con ínfulas político-culturales. Como contrapunto entre candidatos a presidente con un moderador conciliador.

De eso se trataba: de ganar. Aunque el premio fuera un gajo extra de mandarina.

Imponer una postura sobre otra es el sueño húmedo de los conservadores y el hombre de la bolsa de los progresistas flexibles. Cuando de creencias se trata, conviene esquivar la furia de los seres humanos.

Disminuir a cenizas el argumento del adversario de turno y perpetrar un baile triunfal sobre su tumba bien podría ser la sinopsis de aquellos diálogos que nada tienen de fundamentales.

Montones de epitafios mentirosos, improvisados, se presentaban justo cuando el último eructo omitido anunciaba la retirada.

¿Quién podía estar tan atento a las vicisitudes de la vida cotidiana como para poder opinar de todo?

Para él, que ese día de clima templado había llegado con una campera inflable temerosa de lluvias espontáneas, eso era una empresa imposible.

Mejor dicho: consideraba que sí, que es cierto, que cualquiera puede opinar de lo que quiera, pero que a lo largo de siglos de educación estancada en el Medioevo se había endiosado a la opinión como herramienta retórica en pos de la explicación de los acontecimientos mundiales.

Las opiniones no se pueden corregir porque son eso, juicios de valor esbozados por una persona igual a todos, según los franceses de 1789.

Él prefería leer mucho y actuar poco.

Escuchaba más de lo que hablaba. Y así pasaba desapercibido ante las mandíbulas mecanizadas que trituraban las carnes y las verduras al horno.

No podía decir abiertamente que las ideologías son para los idiotas, que los aporreos son necesarios para contener a las masas subversivas, que la espera de un mundo mejor es lo que mantiene a las clases bajas con esperanza, ergo, ocupadas, alejadas de los inalcanzables muros de la gente pudiente, única casta digna de la riqueza de la Providencia.

Estaba parado, apoyado en la mesada de mármol frío, cabizbajo.

Con la punta del zapato betunado como buen día lunes intentaba limpiar las "juntas" de los pisos de cerámica gris: hacía como que colaboraba con los menesteres higiénicos y luego dispersaba los restos debajo de la alacena.

Orejeaba las muecas de los oyentes y analizaba los gestos de los enunciantes.

De vez en cuando sonreía para sí mismo, con el miedo propio de quien en realidad quiere esconder sus acciones.

Mostrar los dientes en plan pícaro e insolente, hasta desubicado (dado el tenor de la charla en la mesa del almuerzo aledaña), podía generar un grito furtivo: "¿y vos de qué te reís?".

Así que decidió levantar la vista.

Tiró los mocos de agua para adentro de su nariz y se la frotó con una acción conjunta y veloz entre los dedos pulgar e índice derechos.

Se incorporó venciendo a la leve curvatura de la espalda y continuó escuchando la conversación, sin participar, ni inclinar la cabeza, ni cruzar los brazos.

Chisporroteaban algunos huesos de cordero en el horno microondas.

-¿No se puede hacer algo?-alcanzó a preguntar Esther, justo un segundo antes del pitido que anuncia el punto deseado de calentamiento.

-Nosotros desde acá no vamos a cambiar nada-cerró Ricardo, esta vez para siempre, la compuerta del pensamiento y la empatía inocuos.

El suspiro se generalizó y ya ningún comentario tuvo el tenor de los anteriores.

Todo fue documentales de National Geographic, chismes locales e indignaciones generales en torno a las nuevas tarifas del estacionamiento urbano.

Cuando por fin pudo sentarse, trasladó una clara actitud provocadora a sus codos para hacerse lugar.

Los demás ya estaban por el último bocado.

La inquietante sensación de saciedad flotaba para hacer mucho más tensionado el ambiente: las miradas desencontradas interpelan mucho más que un inquisidor.

-Así que... no van a hacer nada -dijo mientras sopaba el pan en la grasa del cordero, con la maña de quien no quiere dejar caer una gota fuera del plato - digo... tanto discurso, tanta elocuencia... para luego levantarse y continuar su rutina. Es un poco conformista - dijo mientras le guiñaba un ojo a Esteban.

-¿Y qué pretendés que hagamos? ¡Estamos lejos! Y si estuviéramos cerca, no nos escucharían -se quejó adustamente Marina.

-Vos elegís pensar eso - soltó él - y está bien. Te admiro. Escupir tanto veneno con tanta liviandad acá y esta noche poder dormir en paz, es digno de admiración - dijo haciendo una mueca con la boca, al tiempo que llenaba su vaso con agua del bidón.

Marina se quedó sin palabras. Esas charlas no tenían devoluciones que implicaran confrontación.

Él sacó el revólver.

Reluciente como copa de cristal publicitaria, letal como flecha de indígena usurpado.

Temblaba desde el mango hasta el final del silenciador.

El grito despavorido y asfixiado del resto de los asistentes no inmutó su rígido rostro.

Los guiones de las películas de acción lo han determinado: era el momento del héroe, de la fuerza de Aquiles, de la bravura de Hércules. Sin embargo, el blanco yeso de las paredes que los rodeaban era testigo del enmudecido temor que se apoderaba de sus cuerpos.

Los repasó desde la mirilla.

Gozó con sus temblores, transpiraciones y su taquicardia oportuna.

Respiraban agitados quienes hacía instantes definían el rumbo del país, y eso a él le causaba fascinación.

Le pertenecían en un extraño juego de toma y daca: un tablero, pocas fichas, roles claros, sentimientos reprimidos estallando desde lo inesperado.

Se pasó la lengua por los labios para recolectar las últimas migas.

Parpadeó varias veces para vencer el letargo de la determinación más honesta.

Mentalmente, confeccionó el mensaje que cada familia recibiría. Ante todo, la caballerosidad.

En puntitas de pie, apesadumbrado por haber arruinado su arduo trabajo de limpieza, se abrió paso hasta la silla de la que colgaba su campera inflable. Ahora le serviría para pasar desapercibido entre las gotas de lluvia que golpeaban el cielorraso con intensidad.

Usó la soda y un repasador para frotar el costado derecho de su camisa, que se había manchado de un marrón rojizo.

Tomó su bolso y se arrimó hasta la puerta. La abrió con cuidado. Miró hacia arriba, entrecerrando los ojos y desconfiando de los próximos pasos.

Salió apurado para que el agua no le arruine la paciencia.